6545

MIGUEL MIHURA y RICARDO GONZÁLEZ

LA MALA FAMA

SAINETE EN TRES CUADROS

CON MÚSICA DEL MAESTRO

IGNACIO F. CASTILLA

Copyright, by M. Mihura y R. González, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LA MALA FAMA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

LA MALA FAMA

SAINETE EN TRES CUADROS

DE

MIGUEL MIHURA y RICARDO GONZÁLEZ

con música del maestro

IGNACIO F. CASTILLA

Estrenado en el TEATRO MARTÍN el 1.º de Junio de 1909

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1909

Sr. D. José Francos Rodríguez

Distinguido señor: La benevolencia con que ha sido juzgada por la prensa madrileña esta modesta producción, nos ha sugerido la idea de avalorar su escaso mérito literario, colocándola bajo el amparo de su nombre.

Usted, que tan decidido protector se muestra de los que empezamos, seguramente nos hará el honor de aceptar esta sincera dedicatoria.

Ya que nuestra MALA FAMA *es hija de* padres pobres, *tendrá en cambio un padrino que la dote con el envidiable crédito de su nombre literario.*

Eternamente agradecidos s. s.,

Miguel Mihura.

Ricardo González.

Madrid 10-6-09.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE	Srta. Uliverri.
EUGENIA	Contreras.
SEÑÁ UDOLFA	Sra. Vila.
POLI	Sr. Camacho.
ANGELILLO	Uliverri.
MARIANO	Alcalá.
SEÑOR PEPE	Luján.
SIDONIO	Delgado.
UN GUARDIA	Angoloti.
UN SERENO	Ferrer.
UN CIEGO	Barta.
UN ALBAÑIL	Morelló.
UN COCHERO	Núñez.
UN BORRACHO	Fernández.

Albañiles, cocheros y transeuntes

La escena en Madrid.—Época actual

671293

A nuestros compañeros del Teatro Martín

Gracias por el cariño con que acogísteis esta modesta producción, y buena parte del éxito corresponde á la esmerada interpretación que obtuvo por parte de todos.

Eulalia, que dió pruebas de su flexibilidad y talento artístico, interpretando la protagonista del sainete.

La Vila y Consuelito Contreras, de ¡chipén!; Camacho, graciosísimo; Severo, hecho un actor y un cantante con todas *las barbas*.

Alcalá, *dislocante*. Delgado... un cochero *en su punto*, y Luján, Barta y todos, cumpliendo como buenos.

Ahí va un abrazo de sus agradecidos,

MIGUEL MIHURA. RICARDO GONZÁLEZ.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Una plazoleta de los barrios bajos. A la izquierda y ocupando el primero y segundo término fachada de una casa en obra, con su valla ante ella, la cual tiene una puertecilla en el centro que da acceso á la obra, cartel sobre la puertecilla que dice: «Prohibida la entrada.» Andamiaje, gruas para subir las espuertas y materiales, montones de ladrillos y yeso, carretillas y demás detalles. Tercer término derecha y haciendo un pequeño chaflán o angulo agudo con el proscenio, fachada que corre hasta el segundo término, en que se supone que termina una calle de las que desembocan en la plazoleta que forma el escenario. En la fachada y hacia el tercer término puerta de una cochera con letrero sobre ella que dice: «Carruajes de alquiler.» Los términos tercero derecha y último izquierda son dos calles que también desembocan en la plaza. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Varios ALBAÑILES subidos en los andamios, otros en el escenario, subiendo cubos por una soga que les echan de arriba, otros acarreando ladrillos, etc. En la puerta cochera. POLI, en mangas de camisa limpia la rueda de un coche que aparece suspendida en un aparato de madera de los que se usan para ese trabajo. Un cubo de agua al lado y unos paños mojados. MARIANO, con albayalde y un trapo, limpia las hebillas de unos arreos. SIDONIO y un COCHERO, dan lustre á unos correajes. Otros cocheros, ocupados en faenas análogas.

En la esquina que hace con la obra la calle de la derecha, un CIEGO que lleva un perrito sujeto con una cuerda, toca el cornetín de pistón

Música

El Ciego toca, «Canta vagabundo» de »Alma de Dios»; cuando termina la frase dice

MAR. ¿Ha terminao ya el concierto, señor *Paderusqui*?

SID. ¡Rediez! ¡qué pulmones usufructúa el *mendigante*!

POLI Habrá desayunao fuerte.

CIEGO Seis buñuelos de viento.

POLI ¿De viento? Pues ya no me choca que tenga usté tanto aire pa soplar.

—

ALB. (Tenor, voz muy aguda y muy fuerte.)
Una morena me dice
te mato si no me quieres,
y hoy me ha jurao una rubia
que si la olvido se muere.

POLI ¡Vaya un compromiso!... (Al Albañil.) ¡Oye! ¿Y pa cantar eso te vas tan alto?

ALB Si estoy en el entresuelo.

POLI Pues parecía que estabas en las bohardillas.

—

COCH. Hay mujeres que quieren
por presumidas,
porque to el mundo sepa
que son queridas.
Y á esas señoras
solo se pué quererlas
muy pocas horas.

POLI ¡Recuelo! ¡Qué coplita!

CIEGO (Tocando el cornetín «Canta vagabundo.»)

POLI ¿Otra vez? ¿Pero cuándo va á terminar el concierto, estimable cornetinero?

CIEGO Cuando me den ustedes una limosna.

POLI Haberlo dicho antes y no hubiese usté mo-

lestao al instrumento. Tenga y esfúmese. (Le da una moneda.)

CIEGO Gracias, dadivoso joven, enfundo y hasta otra.

POLI Que tarde mucho.

CIEGO Y que yo lo vea. (Mutis calle derecha.)

POLI ¡Qué más quisiera usté!

COCH. (Coge el paño sucio que ha dejado Poli, y se pone á limpiar unos arreos charolados. Cantando con voz de bajo.) *Me llaman la Primorosa.*

SID. (Que ve la faena, al Cochero) ¡Pero no seas guarro; ¿vas á dar lustre á los charoles con agua sucia?

COCH. Lo mismo da. Cuando se seque verás como brilla. (Canta.) *Me llaman la Primorosa.*

POLI (Que se fija en lo que pasa.) ¡Ca, hombre! (Imitando el canto del Cochero.) «Te llaman el cochambrosooo.»

SID. Amos, tú, Poli. Dame un poco de Amor.

POLI ¡Recuelo! ¿Qué dice usté?

SID. Poquitas bromas que no estoy pa chuflas. ¿Ande tiés lo pasta pa limpiar las hebillas?

POLI Pues Mariano lo sabrá que es el que está ahora en eso. Oye, Mariano, ¿te queda «Amor» pa este?

MAR. (Después de mirar la caja.) Poco hay.

SID. Pues déjame el que te quede.

MAR. Ahí va.

CIEGO (Que aparece de nuevo en la otra esquina de la plazoleta y toca la misma canción tan fuerte como antes.)

POLI ¡Recuelo! ¿Otra vez?

MAR. ¡Osús qué lata!

SID. ¡Pegarle un tiro! (Cesa la música.)

POLI (Gritando.) ¡Eh! ¡Buen hombre! (El Ciego deja de tocar.) ¿No quedamos en que tardaríamos en vernos, un año lo menos?

CIEGO ¿Dónde estoy?

POLI ¿Hasta ahora no vuelve usté en sí? Pues en el salón de conciertos de antes.

CIEGO Dispénseme; esto ha sido una distracción del perrito.

POLI Pues adviértale que se fije en las calles, porque como repita la suerte, vamos á tener un disgusto personal.

CIEGO Disimule hermano. No hay más que hablar. (Al perro.) Anda, Poderoso.

POLI Y dele cuerda al Poderoso pa otro lao. (Se marcha el Ciego. Suena la campana de la obra. Algunas mujeres que esperan con sus cestas de comida, van acercándose á la obra, y uniéndose á sus maridos, los albañiles que salen. Unos se ponen á comer al pié de la valla, otros entran dentro de la obra y algunos se van por la calle de la izquierda.)

ESCENA II

Sale el SEÑOR PEPE que es el dueño de la cochera, hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, trae una lista en la mano

PEPE (A los cocheros.) ¿Se ha rematao la limpieza?

SID. Lista del to.

PEPE Pues al avío. (Mirando la lista.) Sidonio, libre hasta las once de la noche, que vas al *punto*. Tú, Poli, libre la tarde, hasta las diez que entras de guardia en las cocheras. Mariano, al *punto*, á la una, y libre la noche y tú (A uno.) y tú (A otro.) á relevar esta tarde al Zoca y al Manolo. (Guarda la lista.) Y ahora á comer to el mundo. (A Poli en alta voz.) ¿No ha venido tu hermaniya?

POLI Esperándola estoy con la comida.

PEPE Cuando venga, dila que me vea que tengo que hablarla. (Mutis por la cochera.)

SID. (A Mariano.) ¡Cómo se interesa el amo por la hermana de ese!

MAR. ¡Como que casi la ha criao! ¡La quiere como á una hija!

SID. ¡Ca, hombre! ¡Hay otra cosa más gorda!

MAR. (Desentendiéndose de él.) Bueno, pues me voy á comer á la taberna. Oye, Poli. ¿Tardará mucho la Matilde?

POLI Ya debía estar aquí con el piri.

MAR. Pues dila que me espere que tengo que decirla una cosa.

POLI (Algo extrañado.) ¿Tú también?

MAR. Sí, no te olvides. Voy á comer. Hasta ahora. (Mutis.)

SID. Yo me voy adentro hasta que la Ugenia venga con la comida. (Mirando por donde se ha ido Mariano.) A ese tampoco le hace gracia que el señor Pepe pregunte por la Matildita. ¿Si será el que tenía encerrao anoche la niña? Bien pué ser, porque esa adolescente es... de oro. (Al Poli.) ¿Te quedas?

POLI A tomar el sol.

SID. Pos á la cuadra me voy. (Mutis.)

POLI Y no salgas de ahí; que te van á echar de menos. (Pausa.) ¿Pero ande se habrá metío la Matilde? Y yo que estoy aquí más azarao que un camarero sin parroquia, porque estoy viendo aparecer á la señá Udolfa—una vieja fiadora más dificultosa que un areoplano—pero que está enamorá de mis redondeces y quié que la corresponda porque tié mil duros en el Monte y me regala tarros de violeta pa que huela bien, porque dice que la molesta el olor á cuadra que esparzo. ¡Por supuesto que si no fuera porque alguna que otra vez me larga un disco «Amadeo» pa que me solace, lo del olor á cuadra me lo había cobrao yo á latigazos!

ESCENA III

ANGEL, albañil de unos veinte años. Sale de la obra y se dirige al Poli

ANG. Adiós, Poli.

POLI Hola, *santiyí*. A comer, ¿eh?

ANG. Justamente. ¿Gustas?

POLI No, estoy esperando á mi hermana con el menú.

ANG. Oye, á propósito. Dila que no se vaya sin hablar conmigo.

POLI ¿Otro?

ANG. ¿Cómo otro?

POLI ¡Recuelo! Que ya sois tres los que me habéis dicho lo mismo. ¿Por qué no dejáis tarjetas?

ANG. ¿Cómo tres?

POLI El amo, Mariano y tú. ¡Pos á este paso vais á tener que hacer cola como pá sacar la cédula!

ANG. ¡Yo no sé lo que habrá que hacer! Pero lo que tengo que decirle á ella lo tiés que saber tú también.

POLI A ver.

ANG. Poli. La Matilde y yo nos queremos con toa nuestra alma. ¿Qué te paece?

POLI ¿Cómo que sus queréis? ¿Y quién sus ha dao la autorización pa eso?

ANG. Este (El corazón.) y éstos (Los ojos.)

POLI Me has hecho un lío. ¿Y á ti quién te ha dicho que te quiere?

ANG. Ella.

POLI ¡Ella!... ¡ella!... ¿Y yo... no pinto aquí ná?

ANG. Tú pintas tó lo que quieras. Porque eres el hermano de ella que ahora va á tomarse conmigo medio chico, y mañana va á permitir que yo la lleve á mi casa pa que la conozca mi madre.

POLI ¿Hablas de veras?

ANG. Tan de veras, que si ella quiere, y tú lo autorizas, cuanto me den la asoluta por hijo de viuda nos casamos, y en paz.

POLI ¿Y te falta mucho pa eso de la asoluta?

ANG. Poco más de un año.

POLI (Enternecido.) Angeliyo... ¿No me engañas?

ANG. ¡Qué te he de engañar! ¿No conoces en mi cara que me sale del corazón to lo que te digo?

POLI (Más conmovido.) No sé de *leturas*... Pero... tu madre .. el casamiento... después el medio chico. .

ANG. (Riendo.) ¿Pero vas á llorar?

POLI No sé. ¡Me has conmovido, hombre!

ANG. ¿Por el medio chico? ..

POLI Y por tu madre también; y por tu madre. (Vanse primera izquierda.)

ESCENA IV

SIDONIO

Música

SID. (Saliendo á la puerta de la cochera.) ¡Y sin llegar la Ugenia con la comida! ¡Ande se habrá metío esa arrastrá!

VOZ (Dentro de la cochera.) ¡Sidonio!

SID. ¡Voy!

VOZ ¡Que se ha soltao un caballo!

SID. (Entra corriendo.) ¡Maldita sea! ¡Lucero!...

(Se oye un griterío espantoso en la calle de la derecha. Se levantan los albañiles que hay en escena y sus mujeres y se dirigen á la calle por donde suenan las voces.)

CORO (Dentro.)
¡Sujetarla, sujetarla,
que lo va á matar!
Detenerle, detenerle
que se va á estrellar.

LOS DE ESCENA ¿Por qué gritan?
¿Qué sucede?
si será un ladrón;
ya se acercan, aquí vienen.
¡Qué revolución!

(Aparece por la calle de la derecha un Guardia con el casco metido hasta el cogote que viene como huyendo; se detiene á la derecha de la escena para quitarse el casco. Los que están en escena le ayudan y le rodean. Aparece luego por el mismo sitio Matilde, desgreñada y descompuesta contenida por varios hombres y mujeres. Trae en la mano el asa de una cesta.)

GUAR. ¡Si me pilla esa bestia
me va á matar!

MAT. ¡Que me suelten les digo!
¡Maldita siá!

ELLAS Vamos, chica, contente
que no ha sío ná.

CORO ¿Pero por qué huye el Guardia
municipal?

GUAR. (Evitando que hable Matilde.)
¡Por ná!

—

MAT. ¡Ese tío sinvergüenza!
GUAR. ¡Cuidadito con faltar!
MAT. ¡Se ha atrevío á propasarse!
GUAR. ¡No hagan caso, está chiflá!
MAT. ¡Si lo cojo me lo como!
GUAR. ¡No la vayan á soltar!
MAT. ¡Vaya usté ande no le vea!
GUAR. ¡Si me voy ahora á marchar!

—

CORO ¿Pero qué sucede aquí
que el señor municipal
deja que le insulte así
esa chica lenguaraz?
Vamos chica, cállate
que si no irás á parar
á la *Comi*, por perder
el respeto y por faltar
á la moral.

—

MAT. ¿Pero saben ustedes
lo que ha pasao?
GUAR. Pasare lo que fuese
ya se ha acabao!

—

HOMBRES ¡Pero no sea usté niña,
cállese usté!
MUJERES No le insultes y cuenta,
¿dinos que fué?

—

MAT. Si no fuera un agente
del municipio
le arrancaba los ojos
para principio.
¡Que ese morral
no tiene ni vergüenza
ni tiene ná!
Permita Dios que el casco
que le colao
se le queé á usté pa siempre
ahí colocao.

¡Dejármele
que ese tío se acuerda
de esta mujer!
(Se suelta un momento de los que la sujetan.

—

GUAR. (Huyendo.)
¡Eh!
MUJERES (Gritan.) ¡Ay!...
HOMBRES (Sujetándola.) ¡Cuidao!
MAT. (Al verse sujeta)
¡Maldita siá!
MUJERES (Asustadas.)
¡Uy!
HOMBRES ¿Eh?
GUAR. ¡Soltarla!
MAT. (Dándoles un empujón.)
¡Dejarme ya!
(Cesa la música.)
MAT. ¡Só... tío!
UNO ¡Pero chica!
GUAR. (Afectando serenidad.) ¡Urbanidaz!
MAT. ¡Vergüenza, digo yo!
GUAR. Bueno; menos calificativos.
MAT. Y más cutis.
UNO Pero, ¿qué ha sido?
MAT. ¡No me lo recordéis, que lo araño!
GUAR. ¡Bueno! ¡Pos esto ya se acabó! (Mutis y le siguen casi todos los que estaban en escena, ladrándole y haciéndole burla.)
MAT. Bueno, hombre, váyase que ya nos ha amolao usté bastante.

ESCENA V

MATILDE y POLI por la primera izquierda.

POLI Gracias á Dios, tú; creí que no venías.
MAT. Pos aquí me tiés.
POLI. Ya era hora. (Fijándose en ella.) ¿Y qué me traes de comida?
MAT. Narices.
POLI ¿En compota?

MAT. En ensalada.

POLI No te entiendo.

MAT. (Enseñándole lo que trae en la mano.) ¡Mira lo que me ha quedao de la comida!

POLI ¡El rabo é la cesta!

MAT. ¡Y gracias que me ha quedao el rabo! Yo creí que se lo tragaba también.

POLI ¿Pero quién?

MAT. Pos un guardia.

POLI ¿Un guardia? ¿Entonces esa gresca...?

MAT. Fin de unà batalla campal con *incrustaciones* en la cabeza del tio ese.

POLI ¿Pero quiés hacer el favor de explicarte de una vez?

MAT. Allá voy, hombre.

POLI Relata.

MAT. Verás. Venía yo tan tranquila pá cá con mi cesta, cuando en mitá de la calle, siento que me se suelta una liga y que me se empieza á aflojar la media. Como aún llevo el vestide un poco corto, por aquello del bien parecer, ¡calcúlate el cuadro si me se cae del tó la media!

POLI ¡Canillas al natural!

MAT. ¡Mas quisiás tú! Bueno, pus entro en un portal pa subirme la media, y cuando estaba terminando la operación, siento que me cogen un pellizco en la pantorra y una voz que me dice: «¡Olé las eburneidades juveniles!»

POLI ¡Recuelo!

MAT. Mira; cojo la cesta, me vuelvo, veo que el que me pellizcaba era un guardia y ¡pún! le arreé un cestazo en la cabeza, que le metí el casco hasta el cogote.

POLI ¡Dios le haiga perdonao!

MAT. Del golpe, hubo garbanzo que toavía no ha parao de andar; el guardia cae al suelo, y cegao por el casco, empieza á darse revolcones como si bajara del Tobogán; llegan unos, lo levantan y echa á correr sin poderse sacar el casco, llegamos aquí, nos sujetan y mira lo que me ha quedao de la refriega. (Enseñando el asa que aún conserva en la mano.) La

cesta fenecida y el cocido pa banquete de perros.

POLI Total: un Guardia sicalíptico y contuso y yo sin *piri*. Pronóstico grave. Por qué ahora ¿qué como yo?

MAT. El rabo é la cesta.

POLI ¡Si pudiá digerirlo!

MAT. Como no quieras que te traiga de la taberna un poco de bacalao.

POLI ¿Tiés dinero?

MAT. Hasta cuarenta céntimos.

POLI Pues gástate lo que sea en el menú, y á ver si te pué sobrar pa un *largo*, que el bacalao á solas no me paece muy alimenticio.

MAT. Voy en un salto y te traigo lo que pueda. (Mutis tercera izquierda.)

POLI ¡Pós si que va á ser fortificante la comida! (Mirando á la calle de la derecha.) ¡Recuelo! ¡La señá Udolfa! La única que faltaba pá quitarme el apetito.

ESCENA VI

POLI y la SEÑA UDOLFA.

UDOL. ¡Policarpo!

POLI ¡Maldita siá mi suerte!

UDOL. ¿Qué tienes tú? ¿Por qué reniegas?

POLI Mi hermana; que ha tenío un disgusto mortal con el Gobierno, y me ha dejao sin cocido.

UDOL. ¿Qué quiés decir?

POLI Pos ná; que los gabrieles se me han ido de mitingue.

UDOL. ¿Y qué?

POLI Pus que me paece que hoy son chufas el plato del día.

UDOL. ¿Que no tiés comida?

POLI El rabo é la cesta.

UDOL. ¿Tú sin comer mientras yo nado en la abundancia? ¡Amos, hombre! ¿Pos pá quién van á ser mis pesetas?

POLI (¡Malas puñalás te den en un tobillo!)

UDOL. ¿Pá qué tengo yo en el Monte cinco mil *plumas* y pico?

POLI Serán pa hacerse un colchón.

UDOL ¡Pa que te las comas tú á mi vera, ladrón; que eres el primer amor de mi existencia!

POLI ¡El primer amor! (¡Y los ha tenido por series!)

UDOL. Tira pa lante que hoy vas á comer en *Parisina* si lo anhelas.

POLI ¿Pero eso es de verdad? ¡Colchoneta de mis entretelas!

UDOL. Ya estás arreando.

POLI ¡Benditas sean las obesidades feministas! ¡Matilde, tira el bacalao! Y usté tire pa lante, que ahora va usté á saber lo que vale mi persona.

UDOL. Toma. (Le da un frasco.) ¿Sabes qué es?

POLI Lo de siempre. Esencia de violetas.

UDOL. Pa que te perfumes. Porque, hijo, exhalas un aroma...

POLI Pos de cuadra ¿O cree usté que ahí se albergan la Fornarina ú la bella Guerrero? Venga. (Lo coge.) Me pondré en el bolsillo el tarro destapao y así *percebe* ustez más cantidaz. ¿Hace?

UDOL. Como quieras, cielín.

POLI ¿Y pagando ustez la comida? Deme ustez el brazo, eche p'alante y aprete el paso que se va á enfriar.

UDOL. Ya estoy más ágil que una corza.

POLI Agárrese, estereotipia. Venga caderamen. ¡A una! ¡Carreras en saco! (Se van los dos corriendo.)

ESCENA VII

EUGENIA y MARIANO

Vienen por la primera derecha. Ella trae una cesta; se paran á hablar en la misma esquina.

MAR. Bueno y sepárate ya, que no quiero más compromisos.

EUG. Mariano, tú ya no me quieres.

MAR. Sí, mujer; pero figúrate que sale el señor Sidonio, tu marido ó lo que sea, nos ve juntos y después de lo de anoche, es pa que recele más y nos dé un disgusto que ayer no tuvimos gracias á la Matilde.

EUG. Ella no hizo más que lo que debía. Pagarme un favor muy grande que yo le había hecho.

MAR. A costa de su reputación, porque alguien me vería salir.

EUG. Mi marido; Sidonio, que se olió que allí pasaba algo, y cuando cerró la puerta se quedó mirando por la cerradura pa ver quién salía del cuarto de ella.

MAR. Y yo, calculándome algo, tuve la precaución de taparme la cara.

EUG. Bueno; así tendremos más cuidao.

MAR. Te digo que no pué ser. No quiero más compromisos, Sidonio sospecha... y pa evitarnos disgustos, lo dejamos y en paz.

EUG. Y lo dices así, con esa tranquilidad, sin pensar que has lograo lo que nadie ha podío conseguir, porque yo soy mucha mujer y si he caído ha sido en un momento de locura y... claro. Ahora que ya te has salido con la tuya me dices que lo dejemos... ¡pero, que no se te olvide, Mariano, tengo yo mucho orgullo pa que ningún hombre me desprecie!

MAR. Mira, Eugenia, yo ..

EUG. ¡Y como me entere que me dejas por otra mujer, ella y tú... ¡no sé! pero sería capaz de perderme pa siempre!

MAR. No seas niña. Aquí no hay más que lo que te he dicho. Evitar disgustos.

ESCENA VIII

DICHOS y SIDONIO saliendo por la puerta cochera y fijándose en el grupo.

SID. ¡Amos! ¿Ya has llegao? ¡Ya era hora!

MAR. (Disimulando.) Pos ahí lo tiene usté. (Señalando á Sidonio.) Yo creí que estaba en la taberna.

EUG. Gracias, Mariano. (Al pasar por delante de él y en voz baja.) ¡Y que no se te olvide lo que se te he dicho!

SID. (De mal modo.) ¿Qué hablabas con ese?

EUG. Preguntándole dónde estabas.

SID. Me paece á mí que me vas á encontrar antes de lo que tú te figuras. (Empujándola.) ¡Anda pa dentro, que te la estás buscando!

EUG. Voy, hombre, voy. No me empujes. (Entran los dos en la cochera.)

MAR. Esa mujer me quié buscar un lío por el maldecío amor propio.

ESCENA IX

DICHOS y MATILDE por detrás de la cochera.

MAT. Aquí tiés el bacalao y pan.

MAR. ¡Matilde!

MAT. (Volviéndose.) Mariano, ¿es usted? ¿y mi hermano?

MAR. No sé. ¿Me quiere usted escuchar un momento.

MAT. Sí, señor. ¿Qué pasa?

MAR. Pus que tenía la mar de deseos de verla á usté pa darle las gracias por lo de anoche.

MAT. ¡Bah! Eso no tiene importancia.

MAR. ¿Que no la tiene? Un hombre que corre por los tejados, huyendo del marido de la prójima que lo tié en su cuarto, y que de repente vé abrirse una ventana y se oye á una mujer... á un ángel, que tal me pareció usté en aquel momento, que lo llama y lo mete en su casa y luego le hace de salir por la puerta en las mismas narices del marido engañado sin cuidarse de lo que puedan decir de ella, esa es una acción que no la hace una mujer sino cuando ve en peligro á una persona muy querida.

MAT. Tiene usté razón. Lo que yo hice anoche no se hace por cualquiera. Pero como yo soy una chiquilla, y dicen que medio loca, no

reflexioné y salvé á esa persona recordando una deuda que con ella tenía.

MAR. ¡Ah!... ¿Pero no me salvó usté por mí mismo?

MAT. ¡Ca, no señor! Pero qué presuntuosos son los hombres. ¡Fué por ella!

MAR. ¡Ca! No lo creo.

MAT. ¡Como la luz!

MAR. Por una amiga no se compromete la reputación.

MAT. Si supiera usté la deuda de gratitud que tengo con la Eugenia no se pondría usté tan tonto.

MAR. ¿Una deuda?

MAT. Y se la voy á decir pa que no se haga ilusiones si ha pensao de mí otra cosa.

MAR. Amos á ver.

(Todo lo que sigue muy natural y sin declamarlo.)

MAT. Hace cuatro años mi madre estaba muy malita y tenía que cuidarla con el poco sueldo que mi hermano ganaba y lo que el señor Pepe nos mandaba pa medicinas. Una noche, que mi hermano se había marchao con unos viajeros á Guadarrama, estábamos las dos solitas; eran las tres de la mañana. Yo me había quedao medio adormilá, rendía del tragín de to el día; de pronto me espavilo no sé por qué, me acerco á la cama, observo la cara de mi madre y... me dió miedo: me miraba muy fijamente, como queriendo decirme algo, movía los labios como pa hablar y no podía. Loca de dolor, la besé en los ojos, en la boca, en las mejillas y lloraba.. lloraba, queriendo reanimar aquel cuerpo que cada vez se ponía mas rígido. De pronto, oí un suspiro ronco, sentí un estremecimiento que me hizo temblar de miedo y luego... luego al besarla noté que se iba quedando mu fría, y que aquellos ojos me miraban inmóviles, secos y sin trasparencia. Dí un grito, empecé á llamar á mi madre, y cuando vi que no me contestaba, loca, desencajá, rompí á llorar con toa mi alma, queriendo dar calor á aquel cuerpo con el abrigo de mis brazos. (Pausa.) Esa mujer que

vivía como ahora en la guardilla de enfrente, oyó mis voces, se dió cuenta de lo que pasaba y, al verme tan atontá y tan aturdía, ella se encargó de to... de to. ¡Yo no me hice cargo de que me había quedao sin madre hasta el otro día que me dieron un traje negro y las llaves de la caja!

MAR. Sí que estuvo bien hecho.

MAT. Ahora comprenderá usté por qué le salvé cuando el marido de ella llamaba á la puerta, y que si un día me pide la vida se la dé también para salvar la suya, que aun creo que hago poco en pago de lo que hizo por mi madre.

MAR. Pero con lo de anoche hablarán los vecinos, dirán que han visto salir á un hombre de su cuarto y su reputación perderá.

MAT. No me importa, se habrá salvao la de ella.

MAR. Y no habrá hombre que se dirija á usté con buenas intenciones.

MAT. ¡Peor para él!

MAR. Pues pa qué vamos á andar con rodeos. Ese hombre lo tiene usté á su lao.

MAT. ¡Ay, qué gracioso! Y pa acabar diciéndome eso me ha hecho usté enternecerme. Si lo sé no le digo una palabra.

MAR. Es que á mí, Matilde, me enamora su abnegación por gratitud, que me hace suponer lo que haría usté por cariño á un hombre.

MAT. Pues haría la mar de atrocidades, lo confieso.

MAR. Y yo quiero ser el primero que despierte ese corazoncito.

MAT. ¿El primero? (Le han cogío la vez.)

MAR. El que aspire ese perfume que sale de su cuerpo.

MAT. Es esencia de violetas que le regalan á mi hermano y yo me lavo con ella hasta las manos pa no desperdiciarla.

MAR. Amos, no tome usté á chunga lo que le digo...

ESCENA X

DICHOS y EUGENIA con una botella, por la cochera

EUG. (Con rabia.) ¡Mariano con la Matilde!... Era ella la que me robaba su cariño. ¡Ya me cobraré.

MAT. (A Mariano sin ver á la Eugenia.) Sepáreso un poco, hijo, que usté no huele á violetas.

(Mutis primera izquierda, sin ser vista por los otros.)

MAR. ¿Y no le sirve este cariño tan grande que yo le ofrezco?

MAT. ¿Pa qué? En cambio como el señor Pepe me ha dicho que si quiero vaya á dar un paseo en coche y que me llegue al *punto* y elija el que quiera, pos me lleva usté en el suyo. ¿Está bien pensao?

MAR. Yo la llevaré esta noche si usté quiere.

MAT. No; de noche me da miedo; y además, esta noche le toca á mi hermano de guardia en las cocheras, y ya sabe usté que cuando él se queda aquí vengo yo á hacerle compañía.

MAR. Ya lo sé.

MAT. Por eso tiene que ser esta tarde y si me lo consiente mi novio.

MAR. No diga usté eso, ni en broma.

MAT. Pero si lo tengo.

MAR. Bueno, me voy á enganchar, que á la una entro de servicio y quiero ser yo el que le dé el paseo.

MAT. Que me da lo mismo sea usted que otro, ¿eh? Que no vaya á pensar otra cosa.

MAR. Amos, no sea usté así, que me va usté á disgustar pa toa la tarde y yo quiero tener la cara muy alegre pa darle envidia á tos los que nos vean. Salgo enseguida ¡Gitana! (Mutis por la cochera.)

MAT. ¡Ja, ja! Pero, ¡qué primos son los hombres! (En este momento atraviesa Eugenia la escena pretendiendo no ser vista por Matilde. Ésta que la ve le dice:) ¡Adiós, Eugenia!

EUG. No te había visto. Adiós, chica. Me espera ese. No puedo detenerme. Gracias, ¿eh? Adiós. (Mutis por la cochera.)

MAT. De nada. ¡Recuelo, como dice Poli! ¿Qué le pasará á ésta? Y apropósito, ¿dónde se habrá metío mi hermano? ¡Ya parecerá! (Mirando por la primera izquierda.) ¡Ahí viene mi Angelillo! ¡Olé las figuras al yeso!

ESCENA XI

DICHA y ANGELILLO por la primera izquierda

Música

MAT. Ven tú pa acá,
sol de los soles,
ven, alegría
de mis amores.
Ven, que tu nena
te espera pa contarte
cositas buenas.

—

ANG. (Aparte y con disgusto.)
¡Maldita sea
mi negra suerte,
tonto el que fía
en las mujeres!
¡Los desengaños
matan mucho más pronto
que sus halagos.

—

MAT. ¿Qué tienes, Angeliyo?
ANG. Yo nada tengo.
MAT. ¿Por qué te me separas
si á tí me acerco?
ANG. (Aparte.)
¡Maldita sea
la que con el cariño
de un hombre juega.

—

¡Ay, Matilde,
si tú ves que no me quieres
no consientas que en mi pecho
se alimente la ilusión
de creerte
de mí sola enamorada
y después un desengaño
me destroce el corazón.

—

MAT. (Con cariño,) ¡Angeliyo!
yo te he dado mi cariño
porque ví que te quería
como á nadie he de querer.
Y tu nena,
aunque sea una chiquilla,
es muy firme y no te engaña
al hacértelo creer.

—

ANG. ¿De veras, mi nena?
MAT. Lo juro, mi niño,
me muero de pena
yo sin tu cariño.
ANG. ¡Matilde!
MAT. ¡Angeliyo!
ANG. Te quiero creer.
(¡Me engañan ó esta
ó aquella mujer!)

—

MAT. } ¡Ven tú pa acá, etc.
ANG. } ¡Maldita sea!
(Cesa la música.)
MAT. Pero no te estés así, hombre, que paece que te han dao cañazo.
ANG. (¿Será verdá lo que me ha contao la Ugenia?)
MAT. Amos, acércate, hombre...
ANG. (Dudoso.) ¡Matilde!
MAT. (Interesada.) Pero, ¿qué tiés? ¿De veras estás triste? ¿te han dao algún disgusto? Dímelo, que araño al que sea.
ANG. Matilde, ¿tú me quieres de verdad?
MAT. (Vergonzosa.) Amos, hombre. ¡Mía qué ganas de sacarle á una los colores!

ANG. Contesta. ¿Tú me quieres á mí solo?

MAT. (Con alegría.) Sí; á tí y á mi hermano y al señor Pepe y á to el mundo. Pero si mi alegría de vivir es por pensar que tos me quieren y que yo los quiero á todos... pero á tí (Muy cómico.) haz el favor de volverte, hombre, que me da vergüenza, á tí más que á todos. ¡Ea! Ya lo dije, ¿estás contento?

ANG. (Dudoso y mirando á la cochera.) (¡Si me habrá engañao esa mujer!)

MAT. ¿Pero, no te alegras?

ANG. Contéstame la verdad. ¿Has hablao con el Mariano?

MAT. (Haciéndose cargo de la tristeza de Angel y casi burlona.) ¡Ah! Ya sé lo que tienes... Pos, sí he hablao.

ANG. Y el te habrá dicho... ¿lo que á todas?

MAT. Por el estilo.

ANG. ¿Y tú qué le has contestao?

MAT. Pus... lo que á todos.

ANG. ¿El qué?

MAT. ¿No te lo figuras?

ANG. (Imperativo.) ¡Amos, dilo!

MAT. ¡Anda y que te zurzan, hombre!

ANG. (Amenazando.) Dímelo, Matilde, dímelo y no me engañes, porque si fueras capaz de eso...

MAT. (Muy serena.) Pero, ¿es que vas á dudar de mí? Si tal hicieras no volvería á mirarte á la cara. (Sube un poco al foro, mira á Angel y se limpia una lágrima con el revés de la mano.)

ANG. (Sin mirarla y aparte.) Pero, ¿por qué no habrá algo pa conocer la verdad de la mentira?

ESCENA XII

EUGENIA, que sale huyendo de la cochera y corre á refugiarse al lado de Matilde; SIDONIO tras su mujer, pretendiendo pegarla. Dos Cocheros que salen á las voces, le contienen. Varios Albañiles salen de la obra. Al final de la escena MARIANO

SID. (Dentro.) ¡So mala mujer!

EUG. (Idem.) ¡Sidonio, por Dios!

SID. ¡Fuera de mi lao, arrea!

MAT. ¿Qué sucede? (Sale Eugenia.) ¡La Ugenia!

ANG. ¿La Ugenia?

EUG. (Amparándose en ella.) ¡Matilde, por Dios, que quiere matarme!

MAT. (Con arranque.) Eso no. (Con el brazo izquierdo la retira hacia el foro y presenta el cuerpo á Sidonio que sale en este momento.) ¡Sooó!... ¡Cuidao con los coches que tien ruedas!... (Pausa.)

SID. Si no se quita de mi vista la mato. (Le contienen los cocheros.)

MAT. ¡Qué va usté á matar, hombre! (Muy tranquila.)

SID. ¡Y echarla de mi casa!

MAT. ¿Echarla de su casa? No importa. Ahí tié la mía, yo la recojo y ya vendrá usté á pedírmela con recomendaciones.

SID. (Serenándose y con ironía.) Después de to, tiés razón; es á donde mejor puede ir, á tu casa...

MAT. (Extrañada.) ¿Qué quié usté decir?

SID. Na; á una mala mujer como esa... (Por Eugenia.)

MAT. Esta es una persona decente.

SID. (Repitiendo la frase con más fuerza.) A una mala mujer como esa solo la pué amparar otra como tú.

MAT. ¿Qué?

ANG. (Intentando lanzarse sobre Sidonio.) ¡Canalla!

MAT. (Deteniendo con el gesto á Angel.) ¡Quieto! (Muy despacio.) ¿Dice usté que yo soy una mujer mala?

SID. ¡Y lo pruebo!

MAT. ¿Usted? (A Angel, que hace un movimiento.) ¡Calla! (A Sidonio con tranquilidad.) Vengan las pruebas.

SID. Que te las dé el socio que salía anoche de tu cuarto.

ANG. ¿Es eso verdad, Matilde?

MAT. (Mira á Eugenia, ésta le suplica con la mirada. Matilde levanta la vista al cielo y dice muy bajo:) ¡Madre!... (Luego á Angel con firmeza.) ¡Verdad!

ANG. (Fuera de sí.) ¡Mala hembra!... (Dos ó tres albañiles le sujetan.)

SID. Y aun no hace media hora que te hemos visto aquí mismo esta (Por Eugenia.) y yo haciéndote jalea con el Mariano.

MAT. (Despreciativa.) ¡Mentira!

SID. (A Eugenia.) Dí tú si es verdad. (Pausa.) ¿Callas? ¿Lo ves como eres otra como ella?

EUG. ¡Sidonio, por Dios!

SID. Contesta; ¿no la has visto como yo hace un momento que paecía que se iban á comer con los ojos? Dilo.

MAR. (Desde la puerta de la cochera.) ¡Matilde! Ya está el coche, ¿vamos?

ANG. ¡El!

EUG. (¡Era ella la que me lo quitaba! Pues no, no será.)

SID. Contesta. ¿No los viste?

EUG. (Con firmeza y fuerte.) ¡Sí!

MAT. (Asombrada.) ¿Yo? (Pausa.) ¿Y *tú* lo dices?

ANG. (Casi llorando.) ¡Maldita seas!

MAT. (A Angel suplicando.) ¡Yo te juro!...

ANG. (Rechazándola.) ¡Quita de ahí!...

MAT. (Pausa. Matilde quiere llorar, ve el ridículo que corre si lo hace, piensa... y dice muy bajo:) (¡Madre, hoy pago aquella deuda!) (Transición, fingiendo alegría y con nerviosidad.) Sí, es verdad; verdad tó lo que dicen; que hay un hombre que sale de mi cuarto, que engaño á este Angeliyo y que voy en coche con ese. (Por Mariano.) ¡Es poco tó el fango que me echais encima pa que se puea empañar mi pureza! Ahora tós me acusan, tós me escupen sus miserias, tós me desprecian... No me importa. ¿Queréis que se me lleve el diablo? ¡Pos que me lleve en coche! ¡Arrea, Mariano! (Se dirige á la cochera y telón.)

Intermedio musical

CUADRO SEGUNDO

Telón corto blanqueado. Dos puertas frente al público, que figuran ser las de las bohardillas de Poli y Sidonio: cada una con su llamador, y sobre ellas las letras A en una, y B en otra Lamparilla de luz eléctrica entre las dos puertas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

POLI pálido y descompuesto

¡Recuelo! ¡Gracias á Dios! Pus na; que me fuí con ese balón de oxígeno; con la señá Udolfa á ca e Botín, y que si, unas *almondiguiyas* de jamón, una langosta á la *mahonesa,* una ensalada *rusa* y unos riñones *japoneses* me s'ha armao tal desbarajuste entre los japoneses y los rusos... ¡que á las tres horas *Lazdizmitz.* Rotas las hostilidades. Empecé á pasear por esas calles, y por fin me he tenío que venir pa casa más muerto que vivo. ¡Y gracias que me he encontrao al Mariano y se ha ofrecío á hacer la guardia por mí en la cochera, que si no, es muy posible que mañana hubián encontrao allí los piazos de mi humanidad... hecha piazos. ¡Maldita sea la señá Udolfa! Y aun quería ir esta noche á la cochera pa hacerme compañía. ¡Anda que si va, ya se encargará el Mariano de facturarla pa el arroyo! ¡Si ya se sabe! ¡En cuanto uno se deja convidar por una anciana... seguidillas!

Música

Si á comer te convida
cualquiera anciana,
no *acetes* aunque tengas
la mar de ganas.

Que el atracón
produce seguidillas
chivirivitón.

—

Si sube una pareja
á mi carruaje
al punto se estremece
todo el herraje.
Y es que el simón
no está pa seguidillas,
chivirivitón.

(Cesa la música.)

¡Y á casa, á ver si me alivio! Afortunadamente mi hermana dejó la llave en la portería y puedo abrir. Ya le dirán cuando vaya luego á la cochera pa hacerme compañía que estoy en casa muy delicao, y vendrá á cuidarme. ¡Maldita sea las comidas internacionales! (Abre, entra y cierra la puerta.)

ESCENA II

MATILDE se dirige á su puerta. ANGEL, que sale detrás, la detiene en el momento de ir á llamar ella á la puerta de Eugenia

ANG. ¡Oye, Matilde!
MAT. (Volviéndose.) ¿Qué es eso?
¡Angel! (Sorprendida.)
ANG. El mismo.
MAT. (Despectiva.) ¿Qué quieres?
Después de lo de esta tarde...
ANG. Oye, Matilde. (Interrumpiéndola.)
MAT. (Sin hacerle caso.) ...¿te atreves
á buscarme, pa volver
á revolverme las hieles
en el cuerpo, y que te diga
ciertas cosas que no deben
escuchar nunca los hombres
de boca de las mujeres?
ANG. Pues por eso te he buscao;
por eso, precisamente:
para que tú me convenzas
de que ellos son los que mienten

y pa que te justifiques
de lo que dicen las gentes,
no con pruebas, ni pamplinas,
ni careos, ni chocheces,
sino con lo que un cariño
tan grande pué convencerse;
con palabras de tu boca,
con tus ojos que no mienten,
con tu cara que no engaña,
mirándome frente á frente.

MAT Pues rompe ya procurando
que sea corta la intervieve,
que no tengo la cabeza
pa escuchar muchas sandeces.

ANG. Pues atiéndeme, Matilde,
que voy á hablar seriamente

MAT. ¿De lo de esta tarde?

ANG. ¡Justo!

MAT. ¿De mi mala fama?

ANG. ¡Puede!

MAT. ¿De mis locuras?

ANG. ¡Exacto!

MAT ¿De lo que me achacan?

ANG. ¿Mienten?

MAT. Averígualo.

ANG. No quiero.
Si te acusan esas gentes
de alocá y... de mala hembra,
tú, antes que ná, es la que debes
justificarte á mis ojos
y probarlo y convencerme
de sus calumnias... que aluego
¡Ya verás quién te defiende!
¿Es falso lo que ellos dicen?
Pues pruébame tú que mienten.
Ya sabes que tus palabras
las he creío yo siempre,
y hoy mis ojos necesitan
mirarte para creerte. (Pausa.)
Desde aquella nochecita
de verbena tan alegre
que colgada de mi brazo
y llenita de claveles
y... ¡solos! por más que estaba

la calle llena de gente,
te dije temblando e gozo
cosas que decir no pueden
los labios de ningún hombre
si el corazón no las siente,
al ver que tú me escuchabas,
como escuchan las mujeres
esas cosas. . con los ojos
entornaos y sonriente...
yo me decía... Angeliyo,
quiérela, porque te quiere,
porque es hermosa y es buena
y es honrada y es decente;
y loco con tu cariño
en ti puse mis quereres.
Por eso, como una niña
mimá te he tratao siempre,
y me he dejao dominarme
y me he dejao convencerme.
Pero hoy que veo tu fama
en la boca de la gente
y te acusan y te callas,
te insultan y lo consientes,
quiero que te justifiques,
que tú me digas que mienten,
que ellos son los embusteros,
que ellos son los que te hieren,
que ellos son los mal nacíos,
que ellos son los que te pierden.
Pues si soy yo el engañao
es mu fácil que me ciegue
y coja este corazón
que tanto y tanto te quiere
y lo estruje... pa tener
el arrojo suficiente
de matarte.

(Movimiento de terror en Matilde, que él ve y se apresura á calmar.)

No... no temas...
¡Es que estoy loco! ¡¡Convénceme!!

(Muy conmovido.)

MAT. ¿De lo de esta tarde?

ANG. Justo.
¡De tu mala fama!

MAT. ¡Puede!
ANG. ¡De tus locuras!
MAT. ¡Qué niño!
ANG. De lo que te achacan.
MAT. (Con fuerza.) ¡Mienten!
Y basta ya de monsergas,
que ahora vas á convencerte.
(Llamando á la puerta de la bohardilla B.)
¡Eugenia!
ANG. ¿Qué vas á hacer?
MAT. La única cosa que puede
justificarme á tus ojos,
y después... (Casi llorando.) ¡Aborrecerte!
(Pausa; quedan los dos muy pensativos y dice muy quedo Matilde.)
¡Ay, aquella nochecita
de verbena tan alegre
en que colgá de su brazo
y llenita de claveles
le decía aquellas cosas
que decimos las mujeres
sin palabras... con los ojos!
¡Qué triste y qué diferente
de esta noche que hasta pruebas
necesita pa quererme!

ESCENA III

EUGENIA, MATILDE y ANGEL

ANG. ¿Quién ha llamao? (Sorprendida.) ¡Matilde!
MAT. (Violenta.) Dos palabras... Lo de esta tarde...
EUG. (Suplicante.) ¡Ay, Matilde! Perdón.
MAT. Pero diga usté, ¿era falso? ¿era cierto?
EUG. Matilde...
MAT. ¡Por su madre, si la quiso usté! Diga la verdad.
EUG. Es pa justificarse con Mariano, ¿no es eso?
MAT. ¿Qué dice usté?
EUG ¡Pa que él me aborrezca!
MAT. ¡Ah! ¡Mala hembra!
EUG. ¿Quizá porque usté le quiere?
ANG. ¿Lo ves?

MAT. (A Angel.) Calla. (A Eugenia.) Ese hombre vendrá aquí, porque lo he citao yo y pensaba decírselo á usté pa que lo desengañara mientras yo estaba con mi hermano en la cochera.

EUG. ¡Matilde! ¡Por Dios! ¿Es eso verdad?

MAT. Y pa que pueda hablar con usté lo han dejao libre de servicio esta noche. Se lo he pedío al señor Pepe.

EUG. ¿De veras ha hecho usté eso?

MAT. Con una condición.

EUG. ¿Cuál?

MAT. Diga usté ahora mismo. El hombre que salió aquella noche de mi cuarto, ¿por quién venía?

EUG. (Mirando á Angel.) ¡Matilde, por Dios!

MAT. ¡Amos! Pase usté por mí una vergüenza que bastante he pasao yo por usté...

EUG. Pues bien... venía...

ESCENA IV

DICHOS y SIDONIO malhumorado

SID. ¡Buenas noches!

ANG. ¡Eh! ¡Sidonio!

MAT. ¡Maldita sea!

EUG. ¡Mi marido!

SID. (Violento. A Eugenia.) De palique, ¿eh? ¡Cuando digo yo que tú te la estás buscando! Saca la bufanda.

EUG. ¿No entras?

SID. No puedo. Tengo que ir con el coche, porque Mariano se queda de guardia en la cochera en lugar del Poli que está enfermo.

EUG. ¡Ah!

ANG. } ¿Qué? (Extrañados.)
MAT. }

SID. (A ellos.) ¿Qué sus pasa? (A Eugenia.) Entra por la bufanda, tú. (Mutis Eugenia.)

MAT. (A Sidonio.) Dice usté que el Mariano...

SID. Sí; se queda de guardia en la cochera.

MAT. Pero, ¿y mi hermano?

SID. ¡Qué sé yo! Creo que vino pa acá.

MAT. (Llamando á la puerta A.) ¡Poli! ¡Poli!...
ANG. Matilde, ¿qué quié decir esto?
MAT. Otro puñao de fango de esa mala gente. Pero... yo sabré defenderme contra to el mundo.

ESCENA V

DICHOS. POLI abre puerta A

POLI ¿Quién? ¡Anda, la Matilde y su ciprés!
MAT. Entra, que tenemos que hablar. (Entra en la casa.)
POLI (A Angel.) Oye tú, ¿pasa algo?
ANG. No sé. Cierra. (Entra.)
POLI ¡Gachó! Vaya un laconismo. (Entra también y cierra.)
SID. ¿Hay conciliábulo? Me da pena ese pobre chico porque entre el Poli y la hermana lo van á dejar azto pa Leganés.

ESCENA VI

SIDONIO y EUGENIA con la bufanda por la bohardilla B

EUG. Toma.
SID. ¡Adiós y cuidado con lo que se hace durante mi ausencia! ¡Tú te la estás buscando! (Vase.)
EUG ¡Mariano en las cocheras! De combina con la Matilde, estoy segura; para que nadie los viera; y yo ¡tonta que iba á decir toa la verdad! ¡Ah! Ya nos veremos, porque tóos iremos á las cocheras esta noche. (Entra y cierra.)

ESCENA VII

MATILDE, POLI y ANGEL por la puerta A

MAT. ¡Hala! No hay tiempo que perder.
POLI Pero mujer, reflexiona, que yo estoy muy delicao.

MAT. (A POLI.) ¿Dices tú que se puede hablar con el señor Pepe sin *nesecidaz* de pasar por las cocheras?

POLI ¡Natural! ¡Con entrar por el portal de al lao que es el de su casa, arreglao! ¿Pero qué piensas hacer?

MAT. ¡Ya lo verás! ¡Arrea pa alante!

POLI ¡Miá que me estoy agravando!

ANG. Por mí, Poli, te lo suplico. Ven á ver si se me arranca de una vez este corcón de las entrañas.

POLI Bueno, hombre, bueno. No hay que ponerse trágico. Después de to, eso es lo que yo necesito. ¡Paseos, muchos paseos! ¡Tira pa el bouslevard! (TELÓN.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

El guadarnés de la cochera. Una luz eléctrica en el centro. Arneses, arreos, lanzas, bridas, etc., etc., todo á gusto del pintor, si se pinta algo. A la derecha, puerte, que se supone da á las cuadras. A la izquierda, puerta, que da á la calle. Gran ventana en lo alto por la que se ve el resplandor de la luna. En escena dos ó tres pescantes desmontados. Todo lo que dé carácter á la decoración. Sigue la música y se oye en un reloj de torre las once. En seguida se oye la copla siguiente:

Yo no sé qué tiene madre
la campana de esa torre,
que me llena de tristeza
cuando suena por la noche.

Se oye un golpe sordo como el de un cuerpo que cae contra la puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha MARIANO y el SEÑOR PEPE, éste trae un farolillo de aceite encendido y al entrar lo deja junto al foro izquierda y con la luz hacia la pared. La música acompaña el diálogo muy piano

PEPE ¿De manera que el Poli iba tan malito?

MAR. No se lo pué usté figurar. Pa mí es que como ha tenío la tarde libre, se ha excedío un poco y le ha hecho daño. Por eso me he prestao yo á hacer el servicio por él.

PEPE Está bien. Pues yo me voy á acostar. Ya sabes, te estás por aquí hasta las dos ó las tres; luego haces otra requisa y á las siete me llamas.

MAR. Bueno.

PEPE Y apaga la eléctrica que tengo algunos caballos mu resabiaos y me deshacen á coces las barandillas. (Se oyen golpes en la puerta de la izquierda. Mariano mira á Pepe con intranquilidad.) ¿Eh? ¿qué es eso? ¿Quién ha llamao?

MAR. (¿Estará ya ahí?) No... no he oído nada.

SER (Dentro.) ¡Que se levante usté!

BOR. (Idem.) ¡Que no puedo!

PEPE (Abriendo la puerta) ¿Qué es eso?

SER. (Asomando la cabeza.) ¡No, no es nada. Buenas noches, señor Pepe. Este demontre de borracho que le da toas las noches por dormir aquí la mona.

BOR. ¡Cuidao con las palabras!

PEPE ¡Vayan con Dios! ¡Menuda la lleva el socio! (Se quedan mirando á la puerta.)

VOZ (De mujer.) ¡Agua va! (Se siente caer un chorro de agua.)

SER. ¡Gorrina!

BOR. Vecina, no me riegue usté al sereno que va á nacer otro al lao.

SER. A la delega, se acabó.

PEPE Bueno, cierra y hasta mañana.

MAR. Descansar, señor Pepe.

(Se marcha el señor Pepe por la derecha y Mariano cierra la puerta. Cesa la música.)

MAR. ¡Gracias á Dios! Creí que no se marchaba nunca el señor Pepe. ¡Que apague la luz! Aunque no me lo hubiera dicho, me conviene que esté esto casi á obscuras pa que la Matilde entre sin recelo creyéndome su hermano. Y una vez el pájaro en la jaula, se me entrega por la buena ó por la mala. Por ahí no puede escapar con la cuadra llena de caballos, y aquí solos, aislaos, veremos cómo se defiende la tortolilla. (Apaga la luz eléctrica cuya llave está en la puerta de la cuadra. La escena queda casi á obscuras, la única claridad es el resplandor de la luna.) Aun no está muy obscuro, pero lo suficiente pa que no sospeche. ¡Cuánto tarda!... (Llaman á la puerta.) ¡Ah!... ¡Ya está ahí! Esto es una mala acción, pero tó no se ha de lograr por el buen camino.

(Abre la puerta y aparece en el dintel la señá Udolfa, cubierta con un mantón negro y pañuelo de seda a la cabeza que le cubre bien la cara.)

ESCENA II

DICHOS y UDOLFA

UDOL. (Con el aliento.) (¡Qué sorpresa le voy á dar!) ¡Poli!

MAR. (¡Ella es; he percibío el aroma de las violetas!) (También con el aliento.) ¡Pasa! (Udolfa entra y queda en el centro de la escena en tanto que Mariano cierra la puerta. Mariano, volviéndose y diciendo á Udolfa con su voz natural.) ¡Perdóname, nena!

UDOL. (Al oir por la voz que no es el Poli, da un grito ahogado.) ¡Ah!...

MAR. He hecho mal, lo comprendo. Estoy aquí en lugar de Poli, porque este cariño y estos celos que me roen el alma me han cegao hasta el punto de hacerme cometer esta mala acción contigo. (Muy cariñoso.) ¡Pero las malas acciones por cariño se perdonan! ¿No me has de perdonar tú queriéndote yo tanto?

UDOL. ¡Ay!...

MAR. ¡No suspires! No temas. Ahora aquí los dos solos, lo que tus labios me digan y tú me concedas, quedará encerrao en tu corazoncito y en el mío. Ven, siéntate á mi lao. (Acerca un pescante y la sienta al cogerle del brazo.) (¡Rediez, está más llena de lo que yo creía!) Déjame que también me siente yo al lao tuyo pa percibir de cerca ese aroma que se desprende de tu cuerpo. Déjame que me estreche á él pa comunicarte el calor del mío y dame esa boca fresca y menuda pa que al calor de mis besos se encienda este querer tan grande que te tengo.

UDOL (¡Ay!... Y es mucho más guapo y se expresa mejor que Poli.)

MAR. No me rechaces, reina, deja que te... (Al ir á abrazarla suenan golpes fuertes en la puerta y la voz de Eugenia.)

EUG. Abre, Mariano.

MAR. ¡Rediez! ¡La Eugenia!

UDOL. (Alto) ¡Uy, qué vergüenza!

MAR. (Extrañado y cogiendo el farol para verle la cara.) ¿Esa voz? ¿Pero quién es usté?

UDOL. (Chillando.) ¡Y con lo que yo tengo que perder!

MAR. ¡Pero si es la vieja! ¡Maldita sea! Señora, ¿cómo está usté aquí?

UDOL. (Ay! ¡No eran por mí sus palabras!) (Fingiendo que se desmaya.) ¡Ay! (Siguen los golpes en la puerta.)

MAR. ¡Si se desmaya usté la doy un farolazo! ¡Voy! (A los golpes.)

UDOL. ¡So bestia!

MAR. ¿Pero cómo no he notao antes que era esta tía vieja?

UDOL. ¿Cómo vieja?

EUG. ¿Abres, Mariano?

MAR. Me va á comprometer si no abro. ¡Voy! Escóndase usted, señora, que pué usté buscarme un lío si la ven aquí. (Abre la puerta.)

UDOL ¿Y dónde me meto?

EUG. (Entrando como un rayo.) ¡Buenas noches!

MAR. Eugenia, ¿á qué has venido aquí?

EUG. (Que ha visto á Udolfa.) ¿Pero quién está contigo? (Cogiéndola del moño.) Venga usté aquí, so... señora.

UDOL. (Tratando de huir.) ¡Socorro! ¡Guardias!

EUG. (Le tira del pañuelo de la cabeza y queda descubierta llevándose detrás el añadido.) ¡So mala mujer!

UDOL. (Chillando.) ¡Ay! ¡Ay!

EUG. (Asombrada.) ¡La señá Udolfa! ¡La vieja! (A Mariano.) ¿Y estas son las mujeres por las que tú me rechazas?

MAR. ¡Eugenia!

UDOL. Yo me voy. No quiero líos.

ESCENA III

Salen por la primera derecha MATILDE, ANGEL y el SEÑOR PEPE, el cual da luz, y por la primera izquierda POLI con un látigo detiene á la SEÑA UDOLFA, que intenta huir (1).

MAT. (Accionando con el látigo.) Señores, ¿arreamos?

MAR. (Con rabia.) ¡La Matilde! ¡Ha sío una encerrona!

POLI (Deteniendo á Udolfa con el látigo.) ¿Ande vasté, anciana venenosa?

UDOL. Poli, yo te explicaré...

POLI ¡Quieta ú arreo!

MAT. ¿Pero es que hay reunión de brujas ó es que se ha trasladao aquí el cafetín del Manco?

PEPE (A Mariano.) No sabía yo pa lo que tú destinabas mi cochera.

MAR. Señor Pepe... (Por Matilde.) Esa mujer es la causante de to. Ella me ha preparao esta encerrona.

MAT. ¿Encerrona? ¿Le he citao yo á usté pa que me esperase aquí?

MAR. No; pero...

MAT. ¿No ha sío usté el que se ha prestao á hacer la guardia por mi hermano porque sabía que yo tenía que venir?

POLI Él... él... se prestó sin que yo se lo pidiera.

MAT. Entonces, ¿para quién era la encerrona?

MAR. ¡Matilde! ¡Es verdad! He sío un loco. Pero el cariño por usté me ha cegao y no he sabío lo que he hecho.

MAT. (Burlona á Eugenia) ¿Y á ti también te ha cegao el cariño pa destrozar mi fama?

EUG. También. Me ha cegao el cariño á este hombre...

---

(1) Colocación de las figuras de derecha á izquierda:

Señor Pepe	Udolfa—Poli
Angel—Matilde	Mariano—Eugenia

POLI (¡Y el señor Sidonio en el pescante!) (¡Cuando digo que tú te la estás buscando!)

EUG. Tú, tú eres buena y sabes lo que es querer y ¡ojalá! no sepas nunca lo que son celos.

MAT. Celos no. Amor propio. Eso es lo que os ciega; como ese, (A Mariano.) que no siente el cariño, sino la vanagloria de hacer caer á las hembras. (A Angel.) Ahí lo ves, ahí lo tienes. Esa es mi mala fama. Unos puñaos de fango que han echao esta gente sobre el cristal de mi honradez y ha bastao un chorro de agua clara, un poco de verdad, pa que el barro caiga y se quede ese cristal tan limpio y tan claro como estaba...

POLI ¡Eso! (A Udolfa.) Y usté... usté no intente convidarme ni á un vermú!

ANG. ¡Matilde! ¡Perdóname si he dudao!

MAT. (Remedándole.) ¡Perdóname si he dudao! (A Pepe.) ¿Pero ha visto usté que poca vergüenza tié este chico?

PEPE Amos, mujer, por mí.

MAT. (Bajo al señor Pepe.) No; pero si ya está perdonao.

POLI Amos, mujer, no seas cruela.

MAT. (A Angel fingiéndose incomodada.) Vete, vete que yo no te vea... que yo no te... (A Pepe.) ¡Pero cómo me gusta este ladrón!

PEPE Amos, pa cuando os caséis yo seré el padrino.

ANG. Gracias, señor Pepe.

POLI Y yo no me separaré nunca de vosotros... (Al accionar se lleva la mano al corazón y tropieza con un bulto que lleva en la americana. Mete la mano en el bolsillo y saca un frasco de medio litro.) ¡Maldita sea! Un tarro de esencia. (A Udolfa.) Tome usté, señora, pa cuando tenga usté otro primer amor.

ANG. ¡Matilde! ¡Maldita sea la hora en que dudé de ti!

MAT. Tú no; maldita la gente.
¡Maldita la lengua de hacha
que por capricho ó despecho
deshonra con sus palabras!

Y bendita sea la hora
que en mí cebaron sus garras;
pues nuestra felicidad
la trajo ¡La mala fama!

MÚSICA Y TELÓN

Enero 1909. Madrid.

Obras de Miguel Mihura Alvarez

Por un millón, apropósito cómico-lírico en un acto, en colaboración con Rafael Meléndez, música del maestro Pérez Ayala.
La golondrina, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con Rafael Meléndez, música de los maestros Girau y Broca.
Los zapatos, juguete cómico en un acto.
¡*Guerra á los yankees*!, drama en tres actos y en verso.
¡*Triquitraque*!, disparate cómico.
El niño de los tangos, boceto de sainete, con música de los maestros Castilla y Gosset.
Cara-Chica, boceto de comedia en un acto, en colaboración con Ricardo González, música del maestro Castilla.
Sal de espuma, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en colaboración con Ricardo González, música de los maestros Penella y Castilla.
El centurión, sainete lírico en un acto, en colaboración con Joaquín Navarro y Manuel L. Cumbreras, música del maestro Padilla.
Los parrales, zarzuela en un acto, en colaboración con Francisco Arenas Guerra, música del maestro Saco del Valle.
El jaleo de Jerez, sainete en colaboración con Miguel Rey, música del maestro Castilla.
Lo que nadie quiere, comedia en un acto, en colaboración con Miguel Rey.
Loco perdido, boceto de comedia en un acto, en colaboración con Miguel Rey.
La mala fama, sainete en colaboración con Ricardo González, música del maestro Castilla.

Obras de Ricardo González

Cara-Chica.
Sal de espuma.
La mala fama.

Precio: UNA peseta